

Iglesia y Pueblo en Argentina

Gerardo T. Farrel

Editorial Patria Grande, Buenos Aires, 1976.

Aunque el libro que vamos a analizar no sea una "novedad editorial" y aunque el autor haya publicado obras más recientes, pensamos que la importancia del tema abordado por Mons. Farrel y los serios interrogantes que plantea su forma de encararlos justifican ampliamente su tratamiento actual. Por otra parte, el intento de aplicar ciertas categorías de las Ciencias Sociales al proceso de desarrollo del fenómeno religioso en la Argentina es un original esfuerzo de Farrell que no ha sido proseguido por científicos sociales de ninguna tendencia en los años recientes; pero ese esfuerzo revela las dificultades del análisis socio-religioso que fácilmente puede caer en la diatriba o en la apología y, también fácilmente confundir las Iglesias con simples instituciones políticas o, como en el caso del libro que comentamos, imaginar que las estructuras eclesiales son ajenas a las luchas y divisiones sociales que recorren el país en el cual están insertas.

Para historiar sucintamente la Argentina posterior a 1810, el autor opta por una de las dos grandes corrientes de interpretación de nuestro pasado, el revisionismo; lo hace con convicción y sostiene sus argumentos a través de la remisión a una bibliografía especializada mínima pero acorde con los alcances de la obra. Sólo cabe deplorar cierta ingenuidad en la transposición sintética del discurso revisionista que, sobre todo al referirse al Siglo XIX, no sabe explicar -en la versión de Farrell- por qué fracasó el proyecto de los caudillos. Esa ingenuidad conduce a una visión maniquea del transcurrir histórico que, aunque generalizada en la Argentina, no contribuye a esclarecer los no pocos interrogantes que surgen de esa evolución social y política.

Sin embargo, los problemas más graves del trabajo de Farrell residen en su intento de ligar la historia de la Iglesia Argentina a la del conjunto del país, identificando al cuerpo institucional eclesial con las luchas del "bando popular"¹¹, según la definición de "bando popular" aportada por el revisionismo no marxista de autores como Rosa o Jauretche. La mencionada identificación se transforma en una apología de la acción de la Iglesia Jerárquica a través de la evidente deformación de los hechos (por

ejemplo, cuando el autor, "justifica" a los obispos que, en 1810, se opusieron a la Revolución de Mayo) o a través de la sistemática negación de las permanentes divisiones verticales y horizontales que sufre cualquier institución de las dimensiones de la Iglesia Argentina. Sólo al referirse al período 1954-1970, advertiría el autor algunas "ligeras fisuras" en la monolítica unidad interna entre Jerarquía, Clero y Laicado que, por otro lado, conduce al "permanente compromiso" de la Iglesia junto al "pueblo" (con tal que éste no sea laicista o social-comunista); esta risueña e idílica visión de la Iglesia se contradice totalmente con la intención de aplicar categorías científico-sociales al estudio de las actitudes y estructuras religiosas.

Por el contrario, el libro de Farrell trata con claridad y precisión el desarrollo del Plan Pastoral determinado por la Iglesia Jerárquica en los diversos períodos históricos; ese desarrollo revela las limitaciones de esa Jerarquía Argentina permanentemente influida por el pensamiento anti-modernista de Pío IX, según las veraces afirmaciones del propio autor. Que esa tendencia reaccionaria de fracciones de la Iglesia Nacional, concentradas en la Jerarquía Episcopal, sea celebrada por Mons. Farrell como una de las formas de aproximación al pueblo y de defensa de la "cultura nacional", constituye una inquietante afirmación que quizás explica las diferencias profundas que existen hoy entre las actitudes de la Iglesia argentina y de otras Iglesias de América Latina.

Cuando se trata de aplicar categorías científico-sociales al estudio de la realidad religiosa, como a la de cualquier otra realidad, es preciso conservar una cierta coherencia teórica y metodológica. Si Farrell piensa que el pueblo argentino está dividido en dos bandos irreconciliables, es casi obvio que la Iglesia Argentina esté recorrida por esa división a la cual, según el propio revisionismo no-marxista, contribuyen las condiciones objetivas de la economía interna e internacional.

Al abandonar este elemental principio de comportamiento intelectual, el autor analizado desmerece su esfuerzo de comprensión de la Iglesia Argentina y demuestra que la ideología puede oscurecer profundamente la búsqueda de la verdad; por una parte, Mons. Farrell reduce excesivamente la interpretación de la realidad social nacional a un enfrentamiento entre cosmovisiones culturales o filosóficas y, por otro lado, se esfuerza con ingenuidad por apologizar las actitudes de la Iglesia Católica, identificada con "el bando ideológico bueno". Con ello, se aleja del rol del historiador

social -que debe usar categorías de análisis rigurosas- y se confunde con la tarea del propagandista que debe convencer con su prédica... A nosotros, quizás "deformados" por la racionalidad de las Ciencias Sociales, no nos convenció ...

Arturo Fernández